

cieron ambos de ilustrísima raza; pero sometiendo Teodosio al tributo, ha eclipsado su nobleza y ha venido á ser esclavo de Atila. Es, pues, indigno de su persona preparar emboscadas á su señor como un esclavo desleal.

Una embajada más pomposa que la primera aplacó la cólera de Atila, quien perdonó al emperador, al intérprete y al eunuco; además cedió muchos esclavos y un vasto territorio á la derecha del Danubio, por el cual recibió, no obstante, una considerable suma.

Poco despues murió Teodosio de una caída del caballo (28 de Julio de 450), á la edad de cincuenta años, y habiendo reinado cuarenta y tres deshonrosamente á consecuencia de la humillación del imperio; y sin embargo, ilustrándole para siempre el código que mandó publicar, y fué la primera coleccion oficial de leyes que poseyeron los romanos. Entonces obtuvo Pulcheria legalmente el poder que ya ejercia de hecho cuando los eunucos favoritos no la ponian trabas, y por primera vez se halló una mujer en su propio nombre á la cabeza del imperio romano. Otorgó á la indignacion pública la cabeza de Crisafio, el último y el peor de los favoritos de Teodosio; queriendo luego un colega, más bien que un marido, fijó sus ojos en Marciano, senador sexagenario. Habia abandonado la Tracia, su país natal, para dirigirse á Constantinopla, no poseyendo más que 200 monedas de oro que habia pedido prestadas. Habiéndose puesto á las órdenes de Asparo y de Ardaburio, se portó bizarramente en las guerras de Africa y de Persia, y el oficio de las armas, no ménos que la escuela de la adversidad, le enseñaron virtudes desconocidas de los Césares mecidos entre la púrpura.

Comprendia la necesidad de conservar la paz, si bien no la queria al precio de una vileza; así, cuando Atila le envió á pedir el tributo con arrogancia, hizo que se le respondiera: *Tengo oro para mis amigos y hierro para mis enemigos*. Última frase digna de un romano. Atila resolvió hacer la guerra; no obstante, titubeaba en el fondo de los pastos de la Pannonia entre si se dirigiria al Oriente ó al Occidente; si raeria de la haz de la tierra á Constantinopla ó á Roma; pero los acontecimientos sobrevenidos entonces le arrojaron hácia el Occidente.

Vuelto Aecio á la cabeza de sesenta mil hu-

nos, habia obligado á Placidia á que le encumbrara á los más altos honores y á entregarle sus enemigos. Ejercia, pues, orgullosamente el poder, ostentando el más soberbio fausto, mientras que el verdadero emperador pasaba los dias en el centro de su palacio y sumido en un vil reposo, bajo la proteccion de un capitán valiente. Con efecto, Aecio retardó por algunos años el último suspiro del imperio. Puso freno á los vándalos con el auxilio de diversos tratados; mantuvo la autoridad imperial en la Gاليا y en España, y celebró una alianza con los francos y con los suevos. Habia continuado sus relaciones con los hunos de Atila, en cuyo campamento hacia que se educara Carpillion, su hijo. Su mediacion sustentaba de este modo la paz entre el imperio y aquel devastador formidable, áun cuando despues de todo hubo necesidad de comprarla á menudo á costa de tristísimas humillaciones; hasta tuvo á sueldo hunos y alanos cuando quiso pelear contra los bárbaros ya establecidos en las Galias.

Estas provincias habian recibido á los burgundos y á los visogodos, que de huéspedes molestos no tardaron en convertirse en enemigos. En el Mediodia, el reino de visogodos habia pasado de Wala á Teodorico, quien supo consolidarlo durante treinta años. Puso asedio delante de Arlés, ciudad importante; pero habiéndole obligado Aecio á que lo levantara, se dirigió á España, cuyos moradores aspiraban á declararse independientes á semejanza de los de la Gاليا central. Acto continuo volvió á la carga contra Narbona, mientras era invadida la Bélgica por los burgundos. En esto acudió Aecio, y vencedor de estos últimos, trasladó sus restos á las montas de Saboya; luego emprendió su marcha á fin de libertar á Narbona del peligro de que estaba amenazada. Deshizo tambien la liga armoricana y envió al suplicio á Baton, caudillo de los francos, por figurar como uno de sus principales favorecedores.

Por otra parte, el conde Litorio, otro denodado general del imperio de Occidente, estrechó cada vez más á los visogodos, y áun asedió á Tolosa, capital de sus dominios. Teodorico le envió muchos obispos católicos para que le hicieran presente su oferta de someterse, con tal de que se le asegurara á los suyos la vida y la libertad; pero Litorio se obstinó en cerrar los

oidos á toda especie de acomodo. Reanimando entonces Teodorico el valor de sus guerreros, visitó en calidad de penitente todas las iglesias de su capital, operó una salida á la cabeza de su hueste, destruyó á los sitiadores y cogió prisionero al mismo Litorio, que fué abandonado á los ultrajes de la muchedumbre; luego le sepultó dentro de un calabozo, donde terminó su existencia. Triste mentís dado á las promesas de sus arúspices, en quienes tenia toda su confianza. En aquel momento hubiera podido Teodorico ensanchar sus estados hasta el Ródano, si bien quiso aceptar la paz, ora fuese por moderacion ó por modestia (439).

Establecidos los visigodos en un país dulce y culto, se habituaron á costumbres ménos toscas bajo la autoridad de un rey que habia leído á Virgilio y estudiado jurisprudencia. Teodorico casó á sus dos hijas con los dos hijos primogénitos de los reyes de los vándalos y de los suevos (447); pero un cuñado de la primera quitó la vida á su esposo; abrigando sospechas Genserico de que la otra habia tentado envenenar á su hijo, la envió en calidad de expulsada á la córte de Tolosa, despues de haber mandado que la cortaran la nariz y las orejas. Aprestábase Teodorico á la venganza, y para llevarla á cabo tenia en su apoyo á los ministros imperiales, cuando Genserico ahuyentó el peligro, invitando á Atila á invadir la Gاليا, donde tambien le llamaba la alianza de los francos.

Este pueblo, que dominaba el país vecino al Bajo Rhin, estaba gobernado por una raza hereditaria de príncipes, quienes se distinguian de sus súbditos por una cabellera rubia, cuyos rizos caian sobre sus hombros. Bajo Teodosio se hace mencion de Marcomiro y de Suenon, sus reyes; posteriormente, hácia el año 418, segun ciertas tradiciones, reinaba Faramundo en la *Francia*, país situado allende el Rhin; Clodion, que le habia sucedido, tenia su residencia en Dispargo, entre Louvain y Bruselas. Habiendo atacado de improviso la Segunda Bélgica, se apoderó de Tournay y de Cambray. Aecio le derrotó en Helena (*Vieux-Hesdin*); en aquel momento se hallaban ocupados los francos, sin abrigar desconfianza alguna, en la ceremonia de un matrimonio; les sorprendió y les robó las mujeres y los regalos nupciales.

En su consecuencia, Clodion volvió á pasar el Rhin, y reanudó su alianza con los romanos, quienes le cedieron la Bélgica; de este modo perdía Roma hasta de resultas de sus victorias. Habiendo adquirido nuevas fuerzas en esta comarca, empleó Clodion los veinte años de su reinado en consolidar la dominacion franca desde el Rhin hasta el Somme.

Luego que cerró los ojos dividió la ambicion á sus dos hijos, y Meroveo, el más jóven de ellos, imploró el patrocinio de Roma. Fué recibido en el imperio como aliado de Valentiniano é hijo adoptivo de Aecio. Para estar en aptitud de combatirle se hizo su hermano mayor aliado de Atila, dando de esta suerte á los hunos un pretexto más para invadir la Gاليا.

Honorio, hermana de Valentiniano, proporcionó á mayor abundamiento á Atila una apariencia de derecho para dar cima á tal empresa. Esta doncella, á la cual el título halagüeño de Augusta, que se le habia conferido para alejar á todos los aspirantes á su mano, no vedaba sentir una pasion amorosa, se la dedicó al camarlengo Eugenio. Descubierta la intriga (434), fué enviada á Constantinopla, para que expiara allí su error en la púdica compañía de las hermanas de Teodosio. Pero siéndola poco gratas su austeridad y sus virtudes, envió secretamente á Atila un eunuco, portador de su anillo, á fin de que se le ofreciera con todos los derechos que ella pudiera transmitirle en calidad de esposa suya. Sonrió ocasion tan propicia á la mente del huno, quien envió á pedir formalmente la mano de Honorio, como si ya le estuviera prometida, y con ella la mitad del imperio. Su peticion fué desechada; al propio tiempo se le hizo presente que las leyes romanas no concedian ningun derecho hereditario á las mujeres. Fué nuevamente enviada la princesa á Italia, donde la casaron con un hombre oscuro y la sujetaron á una prision perpétua.

Cuando Atila sabe que su proposicion ha sido desechada, congrega una infinidad de pueblos germanos, de vasallos ó de aliados, como Arderico, rey de los gépidos, Valamiro, rey de los ostrogodos. Parte en seguida de la Pannonia; tras una larga marcha llega á la confluencia del Necker y del Rhin, donde encuentra al hijo primogénito de Clodion, cruza el río sobre vigas atadas unas con otras, y lanza contra las

dos Béglicas una multitud innumerable. Los borgoñones, que ocupaban la Helvecia Occidental, quieren detener el primer ímpetu del torrente, si bien sufren una cruel derrota. Después de haber destruido á Augusta de los Rauracos (Basilea), á Vindonisa y Argentuaría (Windisch y Horburgo cerca de Colmar), baja Atila por la orilla izquierda del Rin hasta Mayenza, y precedido por el terror, seguido por la desolación más espantosa, toma y entra á saco á Tréveris y Escarpiana. No deja en Metz piedra sobre piedra, donde degüella hasta los tiernos infantes, á quienes se han apresurado á bautizar los obispos. Dios llamó á sí á San Servato, para que no asistiera á la hora suprema de Tongres. Solamente dos ciudades al Norte del Loira se libertaron de aquel azote, Troyes y Paris. Debíó la primera su salvación á las plegarias de San Lupo, quien más tarde acompañó hasta el Rin á Atila; la segunda á los méritos de Genoveva de Nanterre, jóven pastora, que tranquilizando á los habitantes, exhortó á las mujeres á congregarse en el baptisterio para orar allí juntas, prometiéndoles que serian preservadas de la muerte y de la deshonra. Negándose los hombres á tener fé en ella, querian ahogarla ó apedrearla, si bien la salvó la buena opinion que San German tenía de su persona; y efectivamente no atacaron á Paris los hunos. Pusieron asedio delante de Orleans á instigación de Sangiban, caudillo de los alanos, á quien los romanos habian permitido establecerse en el contorno. Reduciase la intencion de Atila á convertir á Orleans en su plaza de armas, después de llevada á feliz remate la sumision de las Galias. Vigorosamente defendieron sus hogares los ciudadanos, alentados por la fuerza de los baluartes y por Aignan, su obispo, quien les daba la seguridad de un inaudito socorro. Sin embargo, ya habian caido por tierra las murallas y ocupaban los hunos sus arrabales, siendo inminente el peligro. Aignan manda á uno de los suyos subir á las torres para que vea si se aproximan los libertadores; No, le dice; y el obispo responde; *Ora con fé*. Cuando sube por segunda vez, que todavía no se distingue nada, repite; *Ora con fé*; al fin la tercera vez le contesta: *Se distingue muy lejos una nubecilla.—Ese es el socorro del Señor*, exclama el obispo, y *Ese es el socorro del Señor*,

repite la muchedumbre llena de confianza.

Con efecto, eran las águilas romanas; Aecio no se habia dejado engañar por las insidiosas protestas de Atila, ni por las intrigas de facción que, en la córte italiana, se mostraba favorable á la paz en virtud de una cobarde repugnancia á la guerra. Hecho héroe por una voluntad reflexiva, cual lo habia sido hasta entonces por denuedo, allegó cuantas tropas pudo, en la confianza de que aumentaria su número con los socorros que le suministraran los visogodos, los cuales debian incorporarse en medio del comun peligro. No obstante, éstos habian resuelto aguardar al enemigo á pié firme en su territorio; pero la hábil elocuencia de Avito determinó á Teodorico, en obsequio de la salvación de su reino y por interés comun de la cristiandad, á tomar la delantera y á marchar contra el enemigo que le amenazaba. Reunió, pues, un fuerte ejército; y el anciano rey se puso en persona al frente de su denodada nación, acompañándole sus dos hijos, Torismundo y Teodorico. Al mismo tiempo se ocupaba activamente Aecio en solicitar en el Poitou á los taifalos, en Bayeux á los sajones, en la Retia á los brennos, en Valencia á los alanos, á los armonicanos en Bretaña, y á los sármatas, designados por todas partes, á fin de que llegaran á combatir al formidable enemigo (451), que aspiraba á invadir una comarca donde empezaban á saborear las dulzuras de una residencia estable.

Por mucho que costara á un general de Roma reunir un ejército mediano, desde luego podia contar en gran manera con la superioridad que habia de asegurarle irremisiblemente la táctica contra una muchedumbre de aventureros indisciplinados de todo punto, sin tener más que el valor personal en su abono. Atila lo comprendió perfectamente, y más embarazado que socorrido por aquel tropel inmenso que habia arrastrado en pos de su huella, fué sensible á la vacilación y al miedo. Apresuróse á consultar tanto á los adivinos, como á los sacerdotes, quienes le presagiaron unánimes una derrota, de que sería indemnizado en cierto modo por la muerte de su más encarnizado enemigo. A la aproximación de aquel ejército poderoso levantó Atila el sitio de Orleans, y tornando á pasar el Sena, hizo alto

para aguardar á la falange contraria en los campos Cataláunicos, á orillas del Marne, donde podia maniobrar desembarazadamente la caballería.

Allí se encontraron frente á frente los tres mundos, el mundo asiático, el mundo romano y el mundo germánico, aquellos de cuyas manos se escapaba la dominación sobre la moderna Europa, y aquellos que pretendian apoderarse de ella. Roma tenía bajo sus banderas á los visogodos, á los letos, á los armoricanos, á los galos, á los brennos, á los sajones, á los brogoñones, á los sármatas, á los alanos, á los ripuarios; con Atila militaban otros francos y otros borgoñones, los boios, los hérulos, los turingios, los gépidos, los ostrogodos; eran hermanos, separados habia largo tiempo, y que volvian á encontrarse á la sazón para cebarse en la mutua matanza.

Viendo Atila vacilar á sus gentes, les exhortó á fin de que se portaran como correspondia:—¿Qué teneis que temer de ese hacinamiento de enemigos, hombres de diferente lenguaje y de distintas costumbres? ¿De esos hombres, á quienes solo á podido reunir el miedo? Arrojaos intrépidamente sobre los alanos y los visogodos; una vez quebrantados los huesos es imposible que el cuerpo logre sostenerse. Acreditad vuestro acostumbrado denuedo. Aquel que esté destinado á vencer, no podrá ser tocado por ninguna flecha: al revés, el que esté destinado á la muerte, perecerá aun cuando se agache en el reposo de sus hogares. Esta trémula muchedumbre será incapaz hasta de soportar vuestra mirada. Yo dispararé la primera flecha contra el enemigo. ¡Muera todo el que se atreviere á permanecer con las manos ociosas, mientras yo me engolfe en lo más reñido del combate!

Esta batalla fué disputada por una y otra parte con escasa pericia militar y con teson extremado. Atila dirigió sus principales esfuerzos contra los godos, á quienes consideraba con gran fundamento, como el más incontrastable obstáculo á sus conquistas. Coronando Teodorico con prodigios de valor una vida de guerras continuas, sucumbió en la refriega. Ciento cincuenta mil hombres sembraron con sus cadáveres las orillas del Marne, si bien quedó en pro de los romanos el honor de aquella jornada.

Esta fué la última victoria insigne alcanzada en nombre de los antiguos soberanos del mundo. Atila se retiró detrás de la trinchera formada por los carros, y se le oyó cantar durante la noche, haciendo chocar sus armas, no de otro modo que ruge el leon desde las cavernas adonde la han acorralado los cazadores.

Disponiase á vengar á su padre el jóven Torismundo, alzado sobre el pavés por los visogodos en el mismo campo de batalla; pero Aecio concibió recelos de una nación que le parecia llevar á sobrada altura sus miras. Cuéntase, pues, que fué en persona en busca de Atila, su antiguo amigo, y le dijo: *No has exterminado más que á una infima parte de los godos, y mañana volverán á la carga en tanto número, que te cortarán la retirada*. Atila le dió gracias, y le hizo regalo de 10.000 monedas de oro. Luego el mismo Aecio se dirigió á la tienda de Torismundo; le exageró los recursos con que contaban los hunos, y le infundió además temores de que, mientras acreditara su valor en lo más recio de las lides, le usurpara su hermano la corona. Tambien Torismundo se demostró agradecido dándole otras 10.000 monedas de oro, y apresuró su retirada para tomar la vuelta de sus Estados.

Habíase preparado Atila á la defensa, y hasta habia hacinado las sillas y las mantas de sus caballos, resuelto á quemarse vivo en aquella hoguera, para que nadie pudiera jactarse de haber cogido prisionero ó dado muerte al que habia ganado tantas victorias. En tanto que aguarda ser acometido de un momento á otro, se apercibe por el silencio del campo de que se ha retirado el enemigo; entonces sigue tambien este ejemplo, vuelve á pasar el Rin, y regresa á la Pannonia costeano el Danubio.

Al asomar la primavera (452), se dispuso á una nueva invasión. Después de haber pedido otra vez la mano de Honoria y de haber experimentado una nueva negativa, se pone en marcha, cruza los Alpes, y asedia á Aquilea con máquinas construidas por los desertores, y prodigando bajo los muros de la plaza la vida de los soldados. Acreditaron los italianos en la defensa de la ciudad que no se habia extinguido el antiguo valor en sus corazones, y que se reanimaba, si el caso lo requeria, siempre que no

les entibiran la sábia opresion de los emperadores ó sus rivalidades. Desesperado Atila de enseñorearse de la plaza despues de tres meses de infructuosos asaltos, iba á levantar el sitio, cuando descubrió una cigüeña que se disponia á huir con sus polluelos de una torre donde tenía su nido. Hábil en sacar partido del más insignificante accidente, dice y hace repetir que la ciudad está á punto de sucumbir, puesto que animales tan fieles abandonan sus murallas. De esta suerte reanima el fatigado valor de los suyos, á quienes conduce al asalto con un fervor supersticioso; abierta brecha, queda reducida Aquilea á un monton de escombros para no volverse á levantar nunca. Altino, Concordia, Padua, sufrieron igual desgracia, y poseidos de espanto sus moradores, huyeron del Continente para refugiarse junto al Adriático en los vecinos islotes; este fué el origen de la ciudad y de la república de Venecia, que debia conservar su imperio y su libertad por más tiempo que Roma.

Penetrando entonces en lo interior del país, entregó Atila á la devastacion las ciudades de Vicenza, Bérgamo, Verona. Libertáronse del incendio, merced á una pronta sumision, Milan y Pavia, abandonando, no obstante, sus riquezas. Al entrar Atila en la primera ciudad, vió en el palacio de los emperadores un cuadro en que estaban representados sobre el trono hollando á los bárbaros con su planta; sonrióse y mandó que fueran pintados los Césares derramando á sus piés sacos de oro.

Pasmada y decaída de ánimo la Italia toda á la noticia de tan reiterados desastres, permanecia sumida en estúpido letargo, sin direccion, sin ejército, agotada de habitantes. Sólo estaba todavía en pie Aecio; pero los aliados que le habian socorrido del otro lado de los Alpes, cuando su propia salvacion se hallaba enlazada con la del imperio, veian á la sazón sosegadamente como se desencadenaba la furia de los hunos contra Italia. Limitábase el imperio de Oriente á empeñar la promesa de acudir con socorros; reducido de esta manera el general romano á fuerzas poco numerosas, no podia hacer otra cosa que ostigar de flanco al ejército de Atila. Hasta el mismo Valentiniano desencansaba débilmente en la vacilante fidelidad de Aecio, y teniendo á Rávena por asilo poco se-

guro, habia huido con direccion á Roma. Viendo posteriormente que aún esta ciudad se encontraba desguarnecida de tropas, y que sus murallas estaban en malísimo estado, pensaba en abandonar la Italia.

En medio del universal desaliento, el papa Leon y Avieno, opulento romano y personaje consular, adoptaron el partido de presentarse en ademan suplicante á Atila, con el fin de inducirle en nombre de la religion y de los antiguos recuerdos, á consentir en la salvacion de Roma.

Cerca de Peschiera encontraron al terrible guerrero, el cual les recibió con grande miramiento, y le conjuraron á que se retirara, prometiéndole sumas inmensas por vía de dote de Honoria.

Las leyendas, que, como ya se ha visto, se ejercitaron mucho acerca de estos notabilísimos acontecimientos, hablan de muchas batallas dadas bajo los muros de Roma; batallas tan encarnizadas que en ellas perecieron todos los soldados, á excepcion de los generales, y, aún despues de abandonar las almas á los cuerpos, continuaron los cadáveres combatiendo por espacio de tres dias y tres noches cual si fueran guerreros vivos. Otros dicen que San Pedro y San Pablo se aparecieron al jefe de los hunos, para proteger la ciudad donde reposan sus cenizas, amenazándole con la cólera del cielo, lo cual le inclinó á retroceder camino; milagro perpetuado á través de los siglos por el pincel de Rafael y por el cincel de Algardi.

Hasta sin la intervencion de ningun milagro es posible creer que contuviera á los bárbaros un sentimiento de respeto hácia la antigua capital del mundo pagano, y hácia la nueva metrópoli del cristianismo. Reciente se hallaba el ejemplo de Alarico: no bien hubo violado la gran ciudad, quedó cortado el curso de sus triunfos con el hilo de su existencia. Además sabia Atila que el orador de sus guerreros, impetuoso en el ataque, no resistia á las largas fatigas de los asedios, y eran diezmados por las enfermedades con que tantas veces ha castigado Italia á sus invasores. Por último, ¿qué atractivo podian brindar los palacios á Atila, acostumbrado á considerar como la libertad el aire de los campos, y como cárceles los edificios de las ciudades? Ciertamente codiciaba bo-

tin, y para eso llegaban á ofecérselo sin que hubiera de costarle ningun trabajo.

Asi, pues, aquel Atila que semeja un gigante, porque aparece subido sobre un inmenso monton de ruinas, vuelve á tomar el camino de su ciudad de madera (454). Ya en camino le ocurre el pensamiento de añadir, á tantas mujeres como le han hecho padre de una porcion de hijos, la jóven Ildegonda; pero en el júbilo de este enlace, ó á consecuencia de los excesos del tálamo nupcial, le asalta la muerte. El cadáver de aquel en cuya presencia temblaba todo, desde el Báltico al Atlas y al Tigris, fué expuesto en medio del campo entre dos largas hileras de tiendas de seda. Sus hunos se cortaron los cabellos, se maceraron el rostro y rociaron sus funerales con sangre humana. En torno suyo cantaban con torba y triste mirada: «Este es Atila, rey de los hunos, hijo de Muntsuk, señor de naciones valerosas, quien, en virtud de un poder inaudito, poseyó por sí solo la Escitia y la Germania, espantó á los dos imperios de Roma hasta tal punto que, para no entregarle todo el botin, despues de haberle calmado con sus ruegos, le ofrecieron un tributo anualmente. Habia llevado á feliz remate todas sus empresas, cuando murió no de resultas de una herida del enemigo, ni de traicion de sus parciales, sino en medio de los goces y sin experimentar dolor ninguno.» Sus despojos, metidos en tres atahudes, uno de oro, otro de plata y el último de hierro, fueron sepultados de noche con los trofeos más preciosos del enemigo y con los cadáveres de los esclavos que habian abierto la fosa: en rededor celebraron los más nobles entre los hunos los funerales de su caudillo con banquetes, donde el libertinaje corrió parejas con la intemperancia.

Entonces se pudo reconocer cuánto habia sido el poder de aquel hombre que habia sujetado al freno á tantos bárbaros de distintos caracteres. Sus numerosos hijos se disputaron sus vastísimas posesiones, si bien ya se habian escapado de sus manos. Diéronse cita las diversas naciones en la Pannonia. Allí vinieron á las manos unos con otros; el godo de enorme espada, el gépido diestro en disparar la javalina, la infantería sueva, la caballería de los hunos, el alano de pasada armadura, el hérulo de ligeras

armas, y mil tribus sin caudillo, que habian militado á las órdenes del *Azote de Dios* hasta entonces. Treinta mil hunos quedaron tendidos en el campo de batalla con Ellach, hijo primogénito de Atila; hondamente divididos sus hermano, sostuvieron con debilidad suma la terrible gloria de su padre.

Refugiáronse las hordas húnicas hácia los Palus-Meótidas, donde quizá tomaron el nombre de uturguros, con el cual invadieron la Iberia y la Armenia; otros, mezclándose bajo el nombre de sabiros con los eslavos, produjeron tal vez la nacion rusa. Los ostrogodos, que, á pesar de haber sido avasallados por Atila, conservaron algun resto de independecia y sus propios reyes, estaban gobernados á la muerte de Atila por tres hermanos Amalos; Valamiro, Teodomiro y Videmiro, y se repartieron la Pannonia. Arderico, rey de los gépidos, se extendió por la Alta Mesia y por una parte de la Dacia; los rugos, que en tiempo de Tácito, residian junto á la embocadura del Oder, y de quienes conserva memoria la isla de Rughen, no aparecen más que en los ejércitos de Atila; despues de su muerte se establecieron en las comarcas situadas al Norte del Danubio, donde están actualmente el Austria y la Moravia, y permanecieron allí hasta que destruyó su dominacion Odoacro.

CAPITULO X.

Últimos emperadores de Occidente

Aquella misma noche en que exhaló Atila el postrer suspiro, habia visto el emperador Marciano en sueños el arco del conquistador que se hacia pedazos. Habíase roto efectivamente, aunque no por eso se cicatrizaban las gangrenadas llagas del imperio. Tan desventurados eran los pueblos que hasta deseaban el triunfo de los bárbaros por lo mucho que les abrumbaban los impuestos. Descargaban los ricos todo el peso sobre los pobres, que ya ni aún siquiera tenían como alivio de su miseria el recurso de las larguezas imperiales. Las sospechas multiplicaban las confiscaciones y las persecuciones criminales; muchos individuos, en rebeldía contra la sociedad y las leyes, se entregaban al pillaje en los caminos y en las aldeas; su número habia llegado á ser tan considerable que,